

José Miguel Miyar Barrueco | Cuba

RESOLUCIÓN RECTORAL N.º 1174/2007

POR CUANTO: El Dr. José Miguel Miyar Barrueco posee una destacada trayectoria desde su etapa de estudiante universitario, con una significativa participación en las luchas revolucionarias y en el impulso y desarrollo de tareas y programas de primera importancia para nuestra patria.

POR CUANTO: Como rector de la Universidad de La Habana entre 1966 y 1972, desempeñó un papel decisivo en los profundos cambios producidos en la institución, mediante los cuales se pusieron en práctica los principios de la Reforma Universitaria para dar continuidad y fortalecer el protagonismo de nuestra Alma Mater en la batalla histórica de la Revolución.

POR CUANTO: En el ejercicio de importantes responsabilidades estatales, ha mantenido un apoyo permanente a las instituciones de educación superior y ha realizado una creciente y notable contribución al desarrollo de la ciencia cubana, en especial, de la biotecnología, con una visión novedosa de la colaboración científica y del vínculo investigación-producción-introducción de resultados, de particular relevancia en la industria médico-farmacéutica y agropecuaria del país.

POR CUANTO: Le han sido conferidos numerosos reconocimientos académicos y políticos en atención a su vida fecunda y ejemplar como revolucionario de probada lealtad y total consagración a las complejas tareas que le han sido asignadas.

POR CUANTO: En virtud de sus relevantes méritos, la Facultad de Biología propuso, y el consejo universitario acordó, que se le otorgue el título de Doctor Honoris Causa en Ciencias Biológicas.

RESUELVO:

PRIMERO: Otorgar al Dr. José Miguel Miyar Barrueco el título de Doctor Honoris Causa en Ciencias Biológicas, el que le será entregado en acto público y solemne que habrá de efectuarse el día quince de noviembre del año dos mil siete.

DADA en La Habana, a los trece días del mes de noviembre del año dos mil siete. «Año 49 de la Revolución».

DR. RUBÉN ZARDOYA LOUREDA
RECTOR

PALABRAS DE ELOGIO, PRONUNCIADAS POR EL DR. MARIO LUIS RODRÍGUEZ SUÁREZ, EN EL ACTO SOLEMNE DE ENTREGA DEL TÍTULO DE DOCTOR HONORIS CAUSA EN CIENCIAS BIOLÓGICAS A JOSÉ MIGUEL MIYAR BARRUECO, CELEBRADO EN EL AULA MAGNA EL 15 DE NOVIEMBRE DE 2007

Hoy es un día de fiesta para nuestra Universidad. Nos reunimos en este histórico recinto para compartir la alegría de todos los universitarios en el acto solemne de entrega del título de Doctor Honoris Causa en Ciencias Biológicas al doctor José Miguel Miyar Barrueco.

Doctorado en Ciencias Biológicas, por su vínculo profesional más cercano, como médico que es, pero, verdaderamente, si a alguien la Universidad de La Habana le pudiera conferir un título de Doctor Honoris Causa, solo así, genérico, que comprenda todas las disciplinas, es precisamente a nuestro homenajeado, considerando la dimensión y la universalidad de su aporte fundacional en los momentos de definiciones, cambios y nuevas proyecciones de la educación superior cubana, tanto en el período en que nos dirigió directamente, desde el digno cargo de rector, como en etapas posteriores, y en las más recientes, por su atención solidaria, presencia constante y oportunas orientaciones.

El doctor José Miguel Miyar atesora una vida de activa y consciente entrega a la Revolución. Siendo aún estudiante de la Carrera de Medicina, de esta Universidad de La Habana, participó en movilizaciones y protestas estudiantiles. Se incorporó al Movimiento 26 de Julio y participó en la Huelga del 9 de abril. Transportó y guardó armamento después del alzamiento de Cienfuegos. Colaboró con la incorporación a la Sierra Maestra de médicos revolucionarios, enviados por el Movimiento 26 de Julio y en diciembre de 1958 se incorporó a las filas del Ejército Rebelde.

Luego del triunfo del 1.º de enero tuvo un destacado protagonismo en la creación del Servicio Médico Social Rural, que posibilitó la presencia permanente de médicos en las áreas del país que nunca tuvieron estos servicios y que constituyó un hecho sin precedentes en el continente americano. Trabajó como médico rural en Imías y Cajobabo y en el área montañosa de la sierra, Sagua Baracoa. En esta etapa participó en operaciones militares en la zona de Baracoa en el enfrentamiento al primer desembarco contrarrevolucionario procedente de la Florida, así como en las acciones frente al alzamiento de un grupo contrarrevolucionario de la zona de Imías. En el año 1960 fue designado director nacional del Servicio Médico Social Rural, responsabilidad de la que habla con orgullo y que sabemos lo marcó para toda la vida, incluso, con su vestimenta habitual del honroso uniforme de tela de kaki gris de este contingente médico.

En 1961 participó en la organización de la Campaña Nacional de Alfabetización, heroica epopeya educacional que eliminó el analfabetismo en toda Cuba en menos de un año

y que todavía hoy es un hermoso paradigma para muchos pueblos del mundo.

Cumplió importantes misiones en los escenarios de combate en ocasión del desembarco mercenario de Playa Girón y en la búsqueda y captura de los enemigos remanentes en esa zona.

En 1963 fue nombrado viceministro de Asistencia Médica y cumplió funciones de viceministro primero del MINSAP. Trabajó en la organización y selección de las primeras brigadas médicas que fueron a realizar una colaboración permanente en Argelia y otros países de África. Se destaca en esta etapa su participación en la instrumentación de las profundas transformaciones, derivadas de las concepciones del Comandante en Jefe, sobre la formación masiva de médicos y estomatólogos y la cobertura nacional del sistema de Salud, sustentadas en la práctica social y revolucionaria, en contraposición a las formas tradicionales y reaccionarias del ejercicio privado de la medicina.

En 1966 fue nombrado rector de la Universidad de La Habana. Por su trayectoria estudiantil, por su vocación universitaria, por el reconocimiento a la enorme carga histórica de esta Colina y su trascendencia en la vida social, política y cultural del país, es obvio que este fue un momento muy especial en la vida de un hombre como el Dr. Miyar; pero quisiera enfatizar que también fue un momento muy especial y significativo para esta institución.

Como rector desempeñó un papel crucial en los revolucionarios cambios que se produjeron, y que respondían a las ideas impulsadas directamente por el Comandante en Jefe, acerca de la función social de la Universidad en la batalla histórica de la Revolución.

Inobjetablemente, fue una etapa fecunda, con un ritmo acelerado, en la que se construyó la universidad socialista: la investigación científica comenzó a ser consustancial con nuestro encargo social; se diseñaron y pusieron en funcionamiento los cursos vespertinos/nocturnos, que permitieron el acceso masivo de los trabajadores a las carreras universitarias; se implementó el sistema de estudio y trabajo, basado en las concepciones martianas y fidelistas sobre la educación de los jóvenes; se fundaron varios e importantes centros universitarios de investigación que respondían por tareas y resultados de primer orden para el desarrollo; se organizaron las sedes universitarias de Pinar del Río, Matanzas e Isla de la Juventud, que constituyeron las simientes de relevantes centros; se produjo la participación de estudiantes, profesores y cuadros en los grandes programas del país; y se constituyó el Partido en la Universidad, como organización de vanguardia que aglutinaba a los compañeros de mayores méritos.

Si algo caracterizaba esos tiempos era el hecho de que, casi a diario, teníamos noticias sobre algún proyecto o alguna nueva decisión que auguraba mucho más trabajo y a la vez, mucha más satisfacción por la posibilidad de contribuir al mejoramiento de la sociedad cubana; desde la creación de brigadas para promover el arte y la cultura en zonas rurales,

el proyecto de un Jardín Botánico Nacional con más de 600 hectáreas de extensión, hasta un centro para producir una computadora cubana y otro que investigaría sobre el cultivo artificial de los camarones. Cabría mencionar muchos otros ejemplos y actividades, pero resultaría demasiado extenso porque, ciertamente, no exageraré ni un ápice cuando dije que estas decisiones nos llegaban casi a diario.

Aún hoy, y desde hace ya mucho tiempo, y más allá del cariño y el reconocimiento a sus valores humanos, en la Universidad se habla de la «época de Chomy» como un referente a la creatividad, al desarrollo, a la concreción y puesta en práctica de ideas que, de una u otra forma, nos involucraban a todos en el encuentro de un nuevo quehacer universitario, que producía un cambio cualitativo esencial en nuestras vidas y en la vida de la institución.

Si nos detenemos a analizar la actual investigación científica universitaria, en la que se destaca el aporte estudiantil, la creciente sinergia entre posgrado e investigación, la unidad entre docencia e investigación y el incremento del impacto de los resultados –lo que nos indica que las universidades se han convertido en centros de investigaciones– y por otra parte, comprobamos que el proceso de universalización de la educación superior ha permitido que la universidad esté presente en todos los municipios del país, con niveles de masividad nunca antes alcanzados, es obligado reconocer la relación causal con aquellos antecedentes.

Poner en práctica las ideas de un genio es una tarea muy relevante y difícil, pero si ese genio es Fidel Castro el hecho alcanza dimensiones enormes; y digo esto con el mayor y más íntimo respeto a la proverbial modestia y absoluta ausencia de vanidad del Dr. Miyar.

En lo personal, quisiera decirles que la primera vez que vi al Dr. Miyar fue en una tarde, casi de noche, en que siendo aún estudiante de la Carrera de Ciencias Biológicas me encontraba en una clase en el edificio Felipe Poey y al oír la noticia de que el Comandante en Jefe estaba en la Colina, todos bajamos a la Plaza Cadenas a saludarlo y escucharlo. Allí, en esa ocasión, el Comandante nos dijo: ¿y ustedes no conocen a Chomy?, y en ese momento nos presentó a nuestro nuevo rector.

En el año 1972 pasó a dirigir programas priorizados de la agricultura, labores que realizó hasta 1976 en que fue nombrado jefe de las oficinas del presidente del Consejo de Estado. En ese propio año fue elegido diputado a la Asamblea Nacional, cargo para el cual ha sido reelecto hasta la actualidad. Mantiene la condición de miembro del Comité Central del Partido desde su segundo congreso. En enero de 1980 fue designado miembro y secretario del Consejo de Estado, función que cumple hasta el presente.

Desde esta alta responsabilidad estatal ha cumplido innumerables tareas de primerísima importancia, entre las que se destaca que formó parte de las delegaciones oficiales presididas por el Comandante en Jefe en decenas de misiones internacionales, en reuniones en las Naciones Unidas,

reuniones cumbres del Movimiento de Países No Alineados y otras.

El Dr. Miyar ha sido un elemento impulsor y coordinador clave en el desarrollo de la biotecnología en Cuba e igualmente le fue asignada la atención de la Escuela Latinoamericana de Medicina y la Escuela Internacional de Educación Física y Deportes.

La biotecnología cubana exhibe hoy logros indiscutibles y un avance sostenido, a tono con la idea expresada por el Comandante en Jefe, el 10 de febrero de 1993, en el acto de inauguración del Centro de Biofísica Médica, en Santiago de Cuba, al afirmar que nuestro lugar en el mundo depende del desarrollo de las producciones de la inteligencia, las que se derivan del esfuerzo que hacemos en las investigaciones y en los productos de las investigaciones.

Los productos de la biotecnología tienen un impacto real en la salud. De las trece vacunas con las que se protege toda nuestra población infantil –con lo que se ha logrado la erradicación de nueve enfermedades y la reducción notable de otras–, ocho antígenos se producen en Cuba. Ejemplos de esto han sido el control de la epidemia de meningitis meningocócica y la casi desaparición de la hepatitis B. Las instituciones del sector biotecnológico suministran al MINSAP 165 medicamentos, vacunas y otros insumos.

Igualmente, se han obtenido resultados vinculados a la producción de alimentos, como son la vacuna contra la peste porcina clásica, la vacuna contra la garrapata del ganado y el estimulador de crecimiento para la acuicultura. En la producción vegetal podemos destacar que se generaliza el control de nemátodos en las casas de cultivo con el Bionematicida «Hebernem» y se registró, por primera vez en el mundo, un anticuerpo producido en plantas para la autoinmunopurificación de la vacuna cubana contra la hepatitis B.

Llamo la atención sobre la amplitud y diversidad de este sector, constituido por 25 instituciones científicas pertenecientes a varios organismos estatales, 58 plantas de producción, 8 empresas comerciales en Cuba, 8 oficinas de representación en el exterior, 14 asociaciones económicas en operación en el exterior, 5 plantas de producción en el exterior, 9 300 trabajadores, de los cuales 4 200 son graduados universitarios, 181 objetos de invención patentados y 1 554 patentes depositadas en el exterior, 32 productos registrados, así como más de 40 equipos y sistemas de diagnóstico y 66 medicamentos genéricos de avanzada.

En su multifacética actividad como gestor y promotor de desarrollo, el Dr. Miyar ha participado, atendido y colaborado, en estos últimos años, en diversos programas de salud, incluida la docencia de pre- y posgrado, las investigaciones científicas en patologías de alto impacto y, en general, en la aplicación de la ciencia y la tecnología como parte integral del gran sistema de los servicios de salud del país.

Su atención a universidades y centros de la educación superior ha sido y es una constante en su accionar, muy especialmente en lo concerniente a la Universidad de La Habana,



Dr. José Miguel Miyar Barrueco, vida fecunda y ejemplar de probada lealtad y consagración al proceso transformador de la Revolución Cubana. Fundador y protagonista, junto al Comandante en Jefe Fidel Castro, de la Universidad socialista con una notable contribución al desarrollo de la educación superior y de la ciencia en Cuba. En la presidencia del acto en el Aula Magna, de derecha a izquierda: el ministro de Educación Superior, Dr. Juan Vela Valdés, quien saluda y felicita al homenajeado, el rector, Dr. Rubén Zardoya Loureda, y el Dr. Mario Luis Rodríguez Suárez, vicerrector.

Fuente: Archivo Rolando Amorós Fornias, Universidad de La Habana.

institución con la que mantiene una relación mutuamente entrañable.

Los que hemos tenido el privilegio de conocerlo personalmente, sabemos que es muy difícil no estar de acuerdo con él; no por el hecho de que no nos escuche, al contrario, es capaz de escuchar hasta el infinito, sino por su capacidad para persuadir, para dar argumentos, para convencer y para hablarnos con tal confianza en lo que dice, que nos suma de inmediato a sus propuestas.

Como recuerdo de mi vida estudiantil, tengo en la memoria la imagen del rector Miyar, subido en uno de los bloques laterales de la escalinata del edificio Felipe Poey, arengando, a viva voz, sin micrófonos, a una gran multitud de estudiantes que estábamos congregados en la Plaza Cadenas, para que nos incorporásemos a un trabajo voluntario permanente en la cosecha del tabaco en la región de Guanacabibes, nada menos que en la etapa que comprendía desde antes del 24 de diciembre hasta la primera semana de enero. Les aseguro que la respuesta del estudiantado fue una movilización masiva, en lo que influyó definitivamente aquella imagen del propio rector argumentando y convenciendo sobre la necesidad de hacerle frente a la tarea, planteada por la dirección de la Revolución.

En esta virtud y habilidad para convencer tiene la ayuda de su carisma personal, que pienso es algo innato, pero sería

injusto si no menciono su condición de trabajador incansable, su consagración al trabajo y la sistematicidad con que lo asume y, más allá de todo esto, una muy desarrollada inteligencia que convive con su paradigmática sencillez, que lo acerca a todos por igual.

El Dr. José Miguel Miyar Barrueco ha sido acreedor de importantes y diversos reconocimientos y condecoraciones, entre las que se destacan:

- Profesor de Mérito del Instituto Superior de Ciencias Médicas de la Habana, en el 40 aniversario de su fundación.
- Profesor de Mérito del Instituto Superior de Ciencias Médicas de Santiago de Cuba, en el año 2007, por su directa participación en su fundación y desarrollo.
- Doctor Honoris Causa en Ciencias Médicas del Instituto Superior de Ciencias Médicas de La Habana, en el 45 aniversario de la creación del Instituto de Ciencias Básicas y Preclínicas Victoria de Girón.
- Medalla XX Aniversario del Moncada.
- Medalla XX Aniversario de las FAR.
- Medalla 250 Aniversario de la Universidad de La Habana.
- Medalla Victoria de Playa Girón.
- Medalla XXX Aniversario de las FAR.
- Medalla Combatiente de la Guerra de Liberación.

- Medalla Combatiente de la Lucha Clandestina.
- Medalla Combatiente de la Columna N.º 1 José Martí.

Comencé expresando que estamos aquí reunidos para compartir una alegría, a tenor de lo cual quisiera referirles que, hace ya algunos años, asistí a una reunión con un pequeño grupo de destacados intelectuales cubanos y dirigentes de la esfera de la cultura y la educación, convocados para analizar el papel de la universidad en la promoción cultural, y no recuerdo bien cómo ni por qué, pero en un momento inicial, todos empezaron a expresar qué era para ellos la universidad. En ese contexto, el compañero Eusebio Leal dijo que la universidad quizás podía ser definida desde muchos ángulos diferentes, pero que, para él, la universidad, ante todo, es un estado de ánimo.

Estoy convencido de que compartimos esta definición en su generalidad y también en su genialidad, capaz de reflejar, por encima de cualquier otra, la prevalencia de los sentimientos, la grandeza de espíritu y la confianza en el futuro.

Por esto, hoy estamos de fiesta, homenajeando a un hombre que es un exponente ejemplar de ese estado de ánimo.

Muchas gracias.

PALABRAS DE AGRADECIMIENTO DEL DR. JOSÉ MIGUEL MIYAR BARRUECO

Querido rector Rubén Zardoya Loureda; querido ministro Juan Vela Valdés; querido y entrañable compañero Armando Hart Dávalos; querido compañero Felipe Pérez Roque; queridos compañeros ministros y dirigentes, cuya presencia constituye un gran honor para nosotros:

Deseo agradecer profundamente la generosa decisión del consejo universitario de concederme el título de Doctor Honoris Causa en Ciencias Biológicas de esta querida Universidad, que expresa los sentimientos de consideración y amistad hacia mi persona y el reconocimiento a tareas en las cuales tomé parte, junto a profesores y estudiantes, cuyo mérito esencial es haber comprendido colectivamente las ideas y concepciones del Comandante en Jefe acerca del papel de la Universidad en la sociedad, su extraordinario peso en el proceso transformador de nuestra enseñanza impulsado por la Revolución y haber trabajado para hacer posible su efectivo cumplimiento.

En más de cincuenta y siete años de profundos vínculos con esta Universidad, nunca pensé estar en un acto como este. Los hechos ocurridos casi medio siglo atrás, tienen el significado muy especial de haberse realizado con la convicción total de su validez y la comprensión de su extraordinaria importancia para el país.

Ese conjunto de ideas y concepciones, que sirvieron de guía y objetivo a nuestro trabajo en 1966, constituyeron el conjunto orgánico más elevado para la comprensión y el conocimiento del radical cambio que requería la universidad revolucionaria.

En especial quisiera referirme en esta intervención al período de 1965-1970, de gran valor histórico para esta institución, para la concepción nueva y revolucionaria de la educación superior, y de manera fundamental para el papel esencial que correspondía desempeñar a la Universidad en el extraordinario proceso de profundos cambios que vivía nuestro pueblo desde enero de 1959.

No puedo dejar de expresar lo que al triunfo de la Revolución significó la batalla política, ideológica y moral que tuvo lugar en esta institución, como punto de partida de las leyes, las medidas y decisiones de la Revolución, que denotaban una radical transformación en el contenido, la forma de actuar e, incluso, la estructura y las funciones de la Universidad en la nueva sociedad que surgía, y el profundo cambio revolucionario en marcha en todo el país.

Entre 1959 y 1965, con el triunfo de la Revolución, se desarrolló un proceso de cambios sin precedentes en la historia de este continente, a partir de las leyes y las medidas revolucionarias que fueron aplicándose por el Gobierno, que tenían un contenido y alcance extraordinarios para el país.

Esas leyes, cambios y medidas de beneficio para las grandes masas de nuestro pueblo tuvieron de manera muy especial una repercusión en la Universidad, donde se desarrolló un proceso de intensa lucha ideológica y política que condujo al triunfo de las fuerzas revolucionarias y al total apoyo a los cambios emprendidos en el país, la depuración y expulsión de profesores y estudiantes corruptos, o vinculados con la tiranía; procesos liderados por dirigentes que representaban los sectores más revolucionarios dentro de la Universidad y las fuerzas revolucionarias que habían luchado frontalmente contra la dictadura. Uno de los grandes objetivos de esa lucha: la Ley de Reforma Universitaria.

El 10 de enero de 1962 se aprobó la Ley de Reforma Universitaria, la cual abrió el camino a cambios estructurales, de integración y de conducción del gobierno universitario y la acelerada restitución, ya en marcha, de la función académica que había cesado con el cierre de la institución en diciembre de 1956.

La crisis generada por la falta de profesores y el exiguo número de estudiantes que por la vía tradicional podía ingresar a la Universidad requerían medidas nuevas y transformaciones aún más profundas para darles solución a este y otros importantes y fundamentales problemas académicos e institucionales. Estos hechos tenían características particularmente graves, que demandaron decisiones urgentes.

A principios de los años sesenta, en la Facultad de Medicina, junto con el Ministerio de Salud Pública, se aplicaron significativas medidas revolucionarias, que cambiaron por completo los problemas derivados de la falta de profesores y el déficit de estudiantes, mediante novedosos programas para posibilitar el acceso creciente a los estudios de medicina y la selección y promoción de nuevos profesores llenos de entusiasmo y espíritu revolucionario, para impulsar una verdadera revolución de la medicina en Cuba.

Para un país en proceso de cambios profundos, revolucionarios, resultaba necesario que la Universidad se reformara, que se revolucionara. Como se plantea en la historia publicada de la Universidad:

En los primeros días de este año de 1959, la Universidad de La Habana recobró la animación que la había caracterizado hasta noviembre de 1956, solo que ahora era de muy diferente índole.

Derrumbada la tiranía batistiana y fracasado el intento de golpe de Estado contrarrevolucionario, La Habana se convertía en el centro de actividades del Gobierno revolucionario, nombrado en Santiago de Cuba el 1.º de enero.

La escalinata servía de escenario para el primer gran mitin revolucionario, después de la victoria. En él tomaron posesión simbólica de los cargos de ministros y el presidente de la República [...]

Después de su gloriosa entrada en La Habana, el Comandante en Jefe Fidel Castro realizó dos importantes actividades en la Universidad: la primera, una reunión con el Directorio Revolucionario, a puertas cerradas, y la segunda, un encuentro con el consejo universitario, en el que agradeció en la persona del rector Inclán, el aporte del centro a la lucha revolucionaria contra la dictadura.

El hecho de que la Universidad se convirtiera en sede de importantes actividades, demostraba el extraordinario respeto ganado como institución antibatistiana.

No obstante, ella debía afrontar ahora una dura y compleja labor: ponerse en condiciones de reiniciar las actividades docentes, seriamente afectadas desde el golpe de Estado en 1952.¹

Quiero expresar, de manera muy especial, que el punto de partida de las acciones que transformaron en esencia la condición misma de la Universidad, su contenido de trabajo y su proyección, se basó en las concepciones que el Comandante en Jefe fue definiendo durante los años 1960-1965 como vía para la necesaria, profunda y revolucionaria transformación hacia una nueva, avanzada y participativa institución.

Merecen destacarse, a manera de síntesis, las ideas y concepciones que en diferentes intervenciones sobre la Universidad se formularon por el Comandante en Jefe:

Antes de la revolución –señalaba él–, las universidades estaban al alcance de minorías privilegiadas y solo por

excepción de alguno que pudiera superar los obstáculos que un hombre sin recursos tenía para estudiar una carrera, porque el acceso no se le brindaba al talento, sino al privilegio, era cuestión de tener dinero.

La Reforma Universitaria de 1962 que hicimos -expresaba-, era la que correspondía a las demandas de una reforma universitaria dentro de una sociedad burguesa; eran viejas aspiraciones de la universidad como autonomía, profesorado a tiempo completo, aspectos económicos, becas, etcétera, que eran de interés general.²

El concepto de universidad, su función en la sociedad, su papel formador, educador, solo podría lograrse con profundos cambios en ella. No se trata únicamente de instruir, se trata de educar, desarrollando en los jóvenes una forma superior de pensar y actuar, basada en valores, principios y convicciones, posibles de alcanzar en una revolución por medio de la información y su participación en la lucha junto al pueblo por la nueva sociedad.

De ahí el extraordinario valor que se derivaba de la concepción de una universidad nueva, transformada, revolucionada; de total compromiso de la institución con la sociedad y la decisiva participación de estudiantes y profesores en la vida nacional. El Comandante en Jefe lo define así:

El concepto mismo de la función de la universidad se amplía, y cada vez comprendemos mejor que tiene que ser algo más que un centro donde unos vienen a enseñar y otros van a aprender en los libros o en los laboratorios; ese concepto tiene que ampliarse.

Como expresara el 20 de febrero de 1967, en el homenaje a trabajadores metalúrgicos de Cubana de Acero, conversando con los compañeros que dirigen la Universidad de La Habana:

La vieja concepción de la universidad tendrá que desaparecer. Podrá existir una universidad con la vieja concepción, mientras no deba recibir miles de graduados, cientos de miles de graduados que desean estudiar en la enseñanza superior. Entonces todo el país se convertirá en una universidad, cada fábrica se convertirá en una universidad, cada unidad de producción y cada granja se convertirán en una universidad, como consecuencia de la dinámica de un proceso revolucionario que se ha desatado y desatará cada día más la fuerza creadora del pueblo, la fuerza impulsora de las masas. El 2 de diciembre de 1964, en la inauguración de la CUJAE, Fidel destacaba:

² Todas las referencias, ideas y planteamientos del Comandante en Jefe recogidos aquí, forman parte del trabajo publicado: *Fidel Castro: El estudio, el trabajo y la formación de la juventud*, de la Doctora en Ciencias y profesora Marina Majoli y el colectivo de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), de la Universidad de La Habana, 1988.

¹ Ramón de Armas, Eduardo Torres-Cuevas, Ana Cairo: *Historia de la Universidad de La Habana (1930-1978)*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984, vol. 2.



El Dr. Miyar Barrueco, una de las personalidades imprescindible en el programa para el desarrollo de la biotecnología en Cuba, muestra el alto reconocimiento otorgado por su Universidad.

Fuente: Archivo Rolando Amorós Fornias, Universidad de La Habana.

La ampliación del concepto mismo de la función de la universidad es una tarea impostergable. No se trata de una institución con fines solo académicos y docentes. Este nuevo concepto tiene que entrañar la investigación no solo en un aula o laboratorio, sino a lo largo y ancho del país, en la calle. La investigación como forma superior de participación e integración y parte de la sociedad [y, como señalara el Comandante, el concepto de investigación como un factor vital en el proceso formador de los estudiantes].

Un concepto nuevo y de extraordinario contenido para la Universidad. Fidel precisa: «que el estudiante comparta el estudio con el trabajo, como una actividad profesional». Era esencial la comprensión del papel formador del trabajo en la sociedad humana. Fue el trabajo el que hizo al hombre, fue el trabajo el que desarrolló al hombre, fue el trabajo el que hizo hombre al hombre, decía Fidel.

El trabajo constituye un elemento esencial en la formación del carácter, la conducta y la disciplina de los estudiantes; era necesario alcanzar el principio de una sociedad como la nuestra, de que un objetivo fundamental del sistema educacional sea crear hábitos y desarrollar una conciencia como productor y aportador de la sociedad.

La formación universitaria debe desarrollarse utilizando métodos y vías que garanticen la formación de hombres inte-

grados a su pueblo, conscientes de sus obligaciones con el país, uniendo una alta formación técnica y científica a una profunda conciencia revolucionaria de los trabajadores.

Resultan fundamentales la expansión, el crecimiento y la masificación de los estudios universitarios. Elevar la matrícula mediante iniciativas académicas, educativas y docentes que aseguren a los trabajadores la retención y la calidad con la máxima oportunidad de acceso a las universidades.

Crearles facilidades máximas de vida y estudio, para su incorporación efectiva a los estudios universitarios, brindándoles la máxima atención y apoyo. Paso fundamental de la revolución educacional que desarrolla el país: en algunas carreras y especialidades se necesita organizar cursos introductorios, programas especiales con profesores de experiencia y dedicación total. Abrir la Universidad y los estudios superiores a los trabajadores. Desarrollar todas las concepciones, ideas y experiencias que se conocen en siglos de enseñanza, que permitan ese trascendental proceso de abrir por completo la Universidad a los trabajadores.

En abril 25 de 1971, puntualizaba Fidel:

Hemos estado discutiendo con los dirigentes de los estudiantes universitarios, de los jóvenes comunistas y de la Universidad, los criterios acerca de la necesidad de abrir las puertas amplias a los obreros para que puedan hacer estudios superiores; abrir las puertas para que los estudiantes se incorporen a la producción. En las facultades obreras hoy los trabajadores estudian, pero luego abandonan la fábrica y centros de trabajo. Lo realmente revolucionario es que estudien, hagan estudios universitarios y sigan en las fábricas.

Otro concepto fundamental:

Llevar la Universidad a la vida productiva, laboral, social y política donde miles y miles de compatriotas con dedicación, esfuerzo y entrega desarrollaban en la vida, con su participación y esfuerzo, la base material, cultural y productiva del país. Desatar la fuerza creadora del pueblo, la fuerza impulsora de las masas.

Recordando las ideas luminosas de Martí y de Marx, y lo expresado por Fidel hace más de cuarenta años: «Nosotros no queremos que los egresados de las universidades se constituyan en una elite intelectual, divorciada de las realidades de la vida, divorciada del espíritu de los obreros. Un día la Universidad se universalizará, y cuando esto ocurra, desaparecerá la vieja concepción, la universidad que hoy tenemos». El 18 de diciembre de 1966, en la graduación de 425 Técnicos en Suelos de la enseñanza tecnológica, el Comandante decía:

Será deber de nuestras universidades, de sus dirigentes y de nuestros centros educacionales, la adopción de los

métodos que conlleven el propósito de formar hombres conectados con el pueblo, hombres conscientes, de formar técnicos con conciencia. ¿Y para qué le interesa a este pueblo un técnico sin conciencia?

En el futuro tendrá que estudiar toda la sociedad, y el estudio como el trabajo formará parte de la actividad cotidiana de todo ser humano, y dejará de ser, como el trabajo lo fue en el pasado y el estudio lo fue en el pasado, una actividad sin sentido, sin objetivo y sobre todo sin un fruto directo. Dejará de ser obligación, dejará de ser carga para la actividad que cada ser humano realice diariamente.

En la sociedad del futuro –indicaba–, el trabajo propiamente físico irá disminuyendo y el trabajo intelectual irá creciendo.

En el futuro prácticamente cada fábrica, cada zona agrícola, cada hospital, cada escuela, será una universidad y los graduados de niveles medios seguirán realizando estudios superiores. Se desarrollará la enseñanza superior de posgraduado. En el futuro estudiar no será una obligación, sino una necesidad: La más profunda y extraordinaria, y la verdadera y más esencial para una sociedad como la nuestra.

Escúchese esto: «Un día la universidad se universalizará, y una vez que se universalice, desaparecerá el concepto actual de universidad, surgiendo una nueva».

Debo recordar con emoción y convicción que todas estas ideas, preceptos y concepciones revolucionarias que adelantaban y proyectaban un futuro luminoso y creador para la función de las universidades, se desarrollaron por Fidel hace más de cuarenta años, cuando solo existían tres universidades en el país y la mayor de ellas, nuestra querida e histórica Universidad de La Habana, tenía al momento del cierre en 1956, la cantidad de 17 130 estudiantes, y, junto a las de Oriente y Las Villas, los estudiantes universitarios de nuestra patria eran en total 20 609.

En 1959 y hasta 1965, la matrícula regular decreció por las constantes huelgas estudiantiles y cierres parciales de los institutos de segunda enseñanza, durante la dictadura, única fuente de incorporación a estudios universitarios. Los pasos y transformaciones efectuados en la Universidad de La Habana, a finales de la década del sesenta, y el desarrollo de nuevas ideas hicieron posible que en 1970 la matrícula de trabajadores en cursos regulares llegara al 65 % del alumnado de esta institución.

En la Facultad de Medicina –única entonces en el país–, al cierre de la Universidad, la matrícula era de 3 733 estudiantes y tenía 161 profesores; en agosto de 1960, la matrícula era inferior y el número de profesores, como resultado de la deserción y la depuración, llegó solamente a 56.

A la grave crisis en el campo de los estudios de medicina, se unía otra crisis mayor: el número de médicos que desertaban captados por Estados Unidos y traicionaban a la patria, dejando al país con la mitad de sus médicos y un total de 0.5 médicos por cada 1 000 habitantes, concentrados en la capital. La crisis, tanto en la Universidad como en los servicios de salud –como señalamos antes–, se enfrentó mediante el desarrollo de una batalla política, ideológica y moral proyectada por Fidel, y junto con él ejecutada con firmeza, tesón y resultados notables por el ministro Machado Ventura y el Ministerio de Salud Pública. Se revolucionó la vía de ingreso a la Universidad y se masificó la matrícula, nuevos profesores, nuevos métodos de enseñanza, nuevas instituciones, mediante una verdadera revolución impulsada por Fidel.

Como una comparación histórica, quiero referir, producto de aquellas batallas extraordinarias, basadas en los principios comunes a todas las universidades y la sociedad, el ejemplo de una sola facultad de las 22 existentes hoy en el país: la Escuela Latinoamericana de Medicina, por el carácter y la especificidad de esta escuela, muy importante para la Revolución, que cuenta en todo su programa, incluidos estudios especializados, con más de 12 000 estudiantes y donde ejercen docencia más de 7 000 profesores y especialistas en todo el país.

En 1966, Fidel afirmaba: «Una Revolución Universitaria era esencial».

Si fuéramos a resumir en breves palabras las ideas esenciales y el fundamento profundamente revolucionario, formativo, ético que había venido expresando el Comandante en Jefe sobre el papel de la universidad en la sociedad, podría decirse, como señaló, que en este año había llegado el momento de hacer una radical y transformadora revolución en la Universidad, basada en el valor histórico, moral, ético y cultural de esta extraordinaria y paradigmática institución de la nación y nuestro pueblo.

En síntesis, del conjunto de ideas dadas por él en distintas oportunidades, que fuimos recogiendo y constituyeron un elemento decisivo de la conducción del trabajo para toda la familia universitaria a partir de 1966, podemos significar:

- La universidad élite del pasado debe desaparecer.
- Revolucionar y transformar la universidad.
- La reforma no resultó suficiente. El cambio debe ser más profundo y transformador.
- La nueva concepción del papel de la universidad en la sociedad revolucionaria.
- La máxima expansión de la enseñanza superior.
- En el futuro –decía entonces hace más de cuarenta años–, todo el país se convertirá, como es hoy, en una gran universidad.
- El nuevo concepto de la investigación universitaria y su papel formador y forma superior en la solución de graves problemas de la sociedad.
- El estudio-trabajo como concepción fundamental en la formación de profesores y estudiantes.

- El papel formador del trabajo como tal.
- La creación de una conciencia revolucionaria en los estudiantes.
- La masificación y crecimiento de los estudios universitarios. Elevar la matrícula.
- Abrir las puertas de la enseñanza superior a los trabajadores.
- La incorporación de los estudiantes a la producción.
- La universidad no puede formar élites intelectuales.
- Formar hombres conectados con el pueblo en las universidades.
- En el futuro estudiará toda la sociedad, y el estudio y el trabajo se integrarán sólidamente.
- La universidad se universalizará.
- Necesidad en 1966 de hacer una profunda revolución en la universidad.

De esos preceptos y de esas luminosas ideas partimos todos los miembros de la familia universitaria: el claustro, los profesores y los estudiantes con un entusiasmo extraordinario, porque sabíamos que estábamos haciendo una revolución medular e histórica en nuestro país.

La institución debía luchar por desarrollar las ideas revolucionarias, su pensamiento, conceptos sobre la sociedad y el mundo en que nos tocó vivir. Luchar por la Revolución y el cambio en el país hacia una sociedad más justa y humana; más equitativa, culta, digna, basada en la justicia y el derecho de todos, en valores morales y éticos heredados de la historia de nuestros próceres, aspectos solo alcanzables en una Revolución como la nuestra.

Más que educación, se trata de una formación superior, en la cual se integran la instrucción más elevada, más calificada, unida a una mentalidad nueva acerca del papel futuro del estudiante en la sociedad. Esto solo era posible mediante un sistema formador basado en valores, principios y ética, no como asignatura o parte estructural del plan de estudios de un joven; se concebía de una forma creadora y revolucionaria de una enseñanza universitaria participativa, integral y profundamente integrada en el seno de nuestra sociedad. La información, la participación y el esfuerzo de los estudiantes a los problemas fundamentales de la sociedad en una universidad en Revolución, constituía un objetivo estratégico y primordial. La vida, el trabajo, la integración dentro de la Universidad, la decisiva y entusiasta participación en la grandiosa obra de la Revolución, constituyeron la base del desarrollo de una conciencia nueva y de la profundización ideológica y política de los universitarios. Resultaban tareas tan esenciales como la integración del estudio y el trabajo: abrir los brazos, las mentes y los corazones a los trabajadores para estudios universitarios masivos; la conversión de toda la sociedad en una gran universidad –primeros pasos de la universalización de los estudios universitarios, hoy extraordinaria y una experiencia mundial–; y la investigación científica y tecnológica como la concibió Fidel, llevada desde

los laboratorios y cátedras a todos los sistemas productivos y a toda la sociedad, posibilitaron todo el inmenso desarrollo de la Universidad en aquel período.

Hoy, cuarenta y dos años después de aquella gloriosa etapa transformadora que inició esta Universidad, con la total y decisiva participación y esfuerzo de todos los profesores y docentes, de todas las facultades y profesiones y, de manera destacada, la masa entusiasta y combativa de los estudiantes, es preciso recordar siempre lo que representaron esas ideas y concepciones no solo en nuestras universidades, sino en la enseñanza superior en Cuba y a nivel mundial. Los planteamientos del Comandante significaron un salto de alcance extraordinario. Todo fue transformándose de forma positiva, constructiva y creadora.

Para expresar la connotación y resultado de aquellas ideas, baste decir que fueron acogidas, defendidas, impulsadas y desarrolladas por la totalidad del claustro y los estudiantes revolucionarios de la Universidad. Cada colectivo en su facultad, con sus características, perfiles y contenido de estudios, diseño y participó en el cambio creador y revolucionario. Algunos ejemplos merecen recordarse:

Quién no recuerda la actitud ejemplar de extraordinarias personalidades de la cultura y la educación de nuestro país, máximos dirigentes de facultades universitarias, y en este caso la Facultad de Humanidades, como las doctoras Vicentina Antuña, Mirta Aguirre, Graziella Pogolotti, Odeta Lepoureau, quienes fueron en más de una ocasión con la masa de estudiantes a hacer trabajos específicamente en el seno del pueblo, en especial a enseñar, a conocer, a aprender, a participar y, al mismo tiempo, a elevar en esta rama –como decía la doctora Vicentina Antuña– su concepción sobre el posible impacto y la realidad que pueden ejercer en la sociedad.

A las comunidades de la gran tierra de Maisí, Baracoa, fue a visitarlos el compañero Fidel, como visitó a los profesores y estudiantes de Geografía en Santo Domingo, Sierra Maestra, para conocer el curso de un estudio e investigación de la situación ambiental de los bosques, para planificar y desarrollar un plan de repoblación de mil millones de árboles, al frente de cuya tarea estaba el inolvidable profesor y economista Julio González Noriega.

La visita de Fidel en más de una ocasión a San Andrés, Pinar del Río, para informarse de investigaciones sociales de gran trascendencia efectuadas por la Escuela de Psicología y Sociología, con el destacado investigador y director Juan Guevara al frente, las cuales se acompañaron de proyectos y programas educacionales, sociales y productivos en esa región.

Solo cito algunos ejemplos que podrían multiplicarse de manera notable, en los cuales la confianza, el estímulo moral y personal y los proyectos propuestos por el Comandante, cubrieran todo el país, todas las actividades productivas y sociales como la agricultura y los principales cultivos y el desarrollo agrícola, productivo y social que los integraban.

En la Universidad de La Habana se concentraba entonces ya una masa creciente de profesores, científicos, ingenieros, tecnólogos, economistas, agrónomos, biólogos, químicos, que tenían en sus especialidades un alto nivel, comparado con el país, y sobre todo una masa de estudiantes entusiastas y revolucionarios, deseosa de darlo todo por el desarrollo del país, en la cual se incluyen los de la Facultad de Medicina.

El proceso de inmenso impulso a la investigación científica, tecnológica, económica y social, respondía al concepto superior y revolucionario de integrar, a la enseñanza clásica, la experimentación e investigación vitales en el proceso formativo y docente de los estudiantes y profesores. Pero expresaba otras concepciones aún más avanzadas, las tareas concretas dentro de la vida de la nación, en profundo y creador proceso revolucionario de cambio en regiones y planes económicos específicos, que carecían por completo de especialistas y tecnólogos; llevaría en el interior de la Universidad a una integración total de las facultades y escuelas entre sí, para, de forma más calificada, abordar las inmensas necesidades y problemas de la vida nacional y, sobre todo, promover y acelerar la total integración a la vida del país.

Debo expresar con absoluta objetividad y apego a la realidad histórica que en los años 1966 a 1970 en este continente las ideas de Fidel, conductoras de este proceso, y las medidas y pasos que se dieron, no habían tenido antes, no tuvieron entonces e, incluso, no tienen hoy nada semejante en la concepción del papel de una universidad en la sociedad y su conversión en el caso de Cuba, en la institución de mayor dinámica y colaboración concreta por la investigación y participación a todos los niveles; incluso, de la producción y los servicios.

Resulta imposible, por la brevedad de esta intervención, describir el universo extraordinario de responsabilidades y tareas que el Comandante dio a esta Universidad y sus resultados durante esos años. Creo necesario recordar algunas de aquellas tareas:

- Economía:
 - Múltiples tareas.
 - Creación de los grupos económicos que estudiaban y asesoraban al mismo Comandante en diversos programas nacionales y de organismos del país.
 - Participación en todos los grupos multidisciplinarios de investigación de la Universidad de La Habana en la producción y los servicios.
 - Realización de estudios económicos y políticos sobre la sociedad, la economía y la construcción del socialismo en Cuba.
- Ciencias:
 - Diversas tareas de asesoría, estudios e investigaciones en sus diferentes escuelas. Participación destacada de Biología, Bioquímica, Geografía.
- Tecnología:
 - Trabajos múltiples en todas las escuelas.



El Dr. José M. Miyar Barrueco así finalizó su histórico y brillante discurso: «considero moralmente que es al Comandante en Jefe a quien debemos dedicar este título, llenos de dignidad y reconocimiento los miles que tuvimos el privilegio de contribuir a participar junto con él en estos acontecimientos». Su entrañable compañero, el Dr. Armando Hart Dávalos, lo felicita. Fuente: Archivo Rolando Amorós Fornias, Universidad de La Habana.

- Papel fundamental junto a Matemática y Física en la obtención de la primera computadora desarrollada en Cuba.
- Enormes tareas previas y durante la gran zafra de 1970, asumieron los decanos, directores, profesores y estudiantes; tareas concretas en centrales azucareros, macizos cañeros, cambios en sistemas productivos. Junto a economistas y agrónomos, investigaciones sobre tecnologías del corte de la caña, mecanización general de los sistemas, atención a las comunidades del sector y a cortadores y productores.
- Psicología:
 - Estudios de extraordinario valor de comunidades de distintas regiones y características, y diseño con organismos del Estado de formas de organización, participación y desarrollo social de las comunidades en todo el país.
- Filosofía:
 - Estudios del proceso de desarrollo de la Revolución y el basamento ideológico, político y moral que significaban los aportes de Fidel y la Revolución.
 - Participación en estudios sociales.
- Instituto Pedagógico:
 - Presencia y colaboración permanente, activa, en los radicales cambios y las transformaciones del sistema educacional del país junto con el Ministerio de Educación.
- Humanidades:
 - Participación en tareas de estudio, investigación social y cultural en comunidades del país antes marginales.

- Ejemplar movilización con alumnos, profesores y dirigentes de la facultad en el ámbito de la cultura y la creación intelectual.

El primer proyecto concreto de investigación planteado por el Comandante a la Universidad de La Habana en 1966, aparentemente muy sencillo, fue a la Escuela de Biología: el estudio de una plaga que asolaba las plantaciones de plátano llamado Picudo Negro. Ese devino un paso concreto, fundamental en el orden académico y participativo de la Universidad de La Habana con un rango superior, al abordar aspectos críticos en problemas concretos del país. Por necesidad del estudio que se hacía, por una plaga demoledora de los platanales en aquel momento, se creó un grupo de investigaciones que rápidamente pasó, como pensó Fidel, a los proyectos futuros de la Universidad, formando grupos de integración o multidisciplinarios para la profundización y estudio integral de la plaga. En esta institución determinaron un paso trascendental la integración de especialistas de otras escuelas y facultades y la creación de los grupos multidisciplinarios de investigación que, con la inclusión de biólogos, químicos, economistas, tecnólogos, agrónomos, constituían una fuerza extraordinaria y única que en ramas de la ciencia, la tecnología, la economía, la agronomía, ponía la Universidad en función directa del país.

Hay que recordar cómo profesores y alumnos estaban prácticamente en la Universidad. Era la vida, su participación; el contenido esencial era la lucha, en un país que tenía cuarenta veterinarios, un país que apenas tenía técnicos, ni tecnólogos de ningún tipo en ningún área de producción fundamental. Por eso, con extraordinario y profundo reconocimiento, profesores y alumnos decían una frase: «Él creyó en nosotros»; es decir, el Comandante. «Él nos dio un inmenso aliento, su confianza, su enseñanza y nos hizo concretar y participar en la más extraordinaria transformación revolucionaria de una universidad en este continente».

Noche a noche, en sus largas visitas e intercambios con alumnos y profesores bajo los árboles de la entonces Plaza Cadenas, hoy Agramonte, nos ayudó a comprender el camino y los objetivos de ese proceso, al definir como un elemento estratégico cardinal el impulso a la investigación científica, concebida esta no solo como parte de la actividad académica de laboratorio o social, dentro de la Universidad. Sumaba así esta tarea a las nuevas concepciones antes referidas, las cuales transformarían totalmente a la Universidad.

El objetivo principal consistía en darle a la institución un peso creciente en la exploración, la búsqueda y la profundización del conocimiento, de la actividad académica que debía conducir –entre otras cosas– a despertar en los jóvenes el espíritu y la mentalidad científica y la búsqueda constante de nuevas formas de participar en la sociedad que, como siempre señalara, debía desbordar los muros académicos y convertirse en un factor fundamental en la Revolución, investigando, aportando, interviniendo en todos los campos de las ciencias, la tecnología, la economía,

la producción agrícola y pecuaria; en fin, en toda la vida económica y social de país.

La concepción estratégica del Comandante de la integración del Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNIC) a la Universidad de La Habana resultó una decisión extraordinaria, la cual aseguró el objetivo fundamental de este destacado centro científico en aquella época: la formación de especialistas en ciencias básicas, de investigadores en las diferentes ramas de las ciencias y también la medicina; en fin, formar la base necesaria y la masa crítica del personal científico para el futuro de ciencia y tecnología de la nación.

Solo debo expresar que fue tal el auge y desarrollo de aquellas concepciones que, por decisión del Comandante en Jefe y ante el resultado positivo de las transformaciones y la participación decisiva, entusiasta y creadora de instituciones como el CNIC y de la Universidad, se decidió incorporarla estructuralmente. O sea, integrar las principales instituciones, centros, estaciones experimentales y proyectos de desarrollo tecnológico y agropecuario a la Universidad de La Habana. Junto al Centro Nacional de Investigaciones Científicas, a la Universidad de La Habana se integraron diferentes instituciones de la mayor responsabilidad y nivel en sus especialidades en el país:

- Instituto de Ciencia Animal (ICA).
- Centro Nacional de Sanidad Agropecuaria (CENSA).
- Estación Nacional de Pastos y Forrajes Indio Hatuey.
- Sistemas de Estaciones Experimentales de Pastos, Caña, Cítricos, Frutales, y otros.
- Estación Central de Investigaciones Agrícolas (INCA).
- Centro de Investigaciones Marinas y Barco de Investigaciones Marinas *Ulises*.

Se sumaban otros centros como:

- Instituto de Ciencias Básicas y Preclínicas Victoria de Girón.
- Centros de investigaciones (varios), en la Facultad de Tecnología.
- Grupos de Investigación Económica (trabajaban directamente con el Comandante en Jefe). Estudios económicos de grandes sistemas productivos, pesca, marina mercante, producciones industriales, etcétera.
- Grupo de Trabajo en Ganadería (también trabajaban de manera muy estrecha con el Comandante en Jefe), con participación de distintas especialidades.

Han pasado más de cuatro décadas de aquella etapa luminosa y creadora impulsada por Fidel; de aquellas ideas y concepciones relacionadas con la universidad, el desarrollo de la ciencia y la tecnología, la investigación como motor y consolidación del cambio sobre el papel de ella en la sociedad; proceso en ascenso que alentó, potenció e impulsó siempre personalmente el Comandante.

Este deviene un hecho fundamental, porque los estudiantes en esa etapa de 1959 a 1965 y de 1966 a 1970 tuvieron una posición de avanzada, protagónica, buscando constantemente tareas y desarrollando acciones que llevaran cada vez a peļdaños superiores la lucha por la Revolución. Merecen destacarse algunas acciones, como el esfuerzo por la formación de profesores e investigadores de ciencias básicas en el Instituto Girón y el CNIC, incluido el estudio en el exterior de numerosos jóvenes que constituirían el basamento de cuadros de ciencias básicas que –como apuntamos–, integrados al CNIC, crearon nuevos centros o instituciones científicas en el país, un proceso excepcional que debe recordarse.

Cuando se desarrollaron las ideas fundacionales y precursoras de las ciencias con la creación del CNIC, Cuba enfrentaba una crisis extraordinaria de déficit de médicos, que se fueron masivamente a Estados Unidos.

La mortalidad infantil era superior a cuarenta fallecidos por cada mil nacidos vivos, no existía aún un sistema organizado de salud, y jamás hablar de investigación alguna, pareciera entonces una idea fuera de la realidad y una inalcanzable quimera.

El desarrollo de la economía del país, la agricultura y la ganadería, con una total carencia de técnicos e ingenieros, tenían una prioridad fundamental. Se decidió por el Comandante la creación de una institución del mayor nivel científico para abordar los inmensos problemas que tenía este sector. Se pensó que, para llevar adelante estos proyectos, el único personal en formación científica eran los médicos que se formaban en el CNIC, Victoria de Girón y en el exterior.

Se le planteó a un grupo de estos médicos –que están sentados aquí junto a nosotros–, brillantes cuadros en formación, que cambiaran sus estudios de ciencias básicas médicas para la veterinaria, y constituyeran el núcleo básico del personal para el desarrollo del Centro Nacional de Sanidad Agropecuaria (CENSA); es decir, dejar la medicina humana y dedicarse a la rama veterinaria que necesitaba de manera prioritaria el país. Todos los consultados en una memorable asamblea en el Centro Nacional de Investigaciones Científicas lo aceptaron; con ellos se reunió inmediatamente después el Comandante en Jefe, y allí se creó el núcleo central del futuro CENSA, institución que alcanza hoy los niveles más elevados en su campo en este continente. Desde el CNIC se libró, por este naciente grupo, la batalla contra la fiebre porcina africana, que nos fue criminalmente introducida.

No puede dejar de recordarse aquella actitud ejemplar y de entrega de los compañeros que hoy constituyen un ejemplo de dedicación y desarrollo científico. Como tampoco un día como hoy no puedo dejar de mencionar, entre otros entrañables compañeros, a la doctora Rosa Elena Simeón, siempre presente como revolucionaria, dirigente de la ciencia y científica del más alto nivel.

Hoy, se reconoce internacionalmente el desarrollo logrado por la Revolución en el campo de la salud pública y la educación en Cuba. Se reconoce, además, el Sistema de Ciencia y Tecnología que personalmente el Comandante en Jefe concibió,

impulsó y creó en especial en la Biotecnología y el Polo Científico. Puedo asegurar que esto resultó posible por aquellas ideas originales y creadoras de Fidel y la Revolución, su voluntad, la confianza, el esfuerzo y el desarrollo científico, tecnológico e industrial impulsado por él en las investigaciones médicas y tecnológicas, que hoy constituyen una realidad en nuestro país.

Resulta necesario destacar, entre los hechos más importantes y decisivos de aquella etapa en la historia de esta Universidad, el proceso de construcción del Partido, el cual comenzó el 7 de abril de 1967 en plena efervescencia de ideas, batallas por el desarrollo y nuevas concepciones; proceso que devino un hecho de enorme trascendencia para la consolidación e impulso de las ideas revolucionarias concebidas por Fidel para la profunda transformación de la institución y darles a los esenciales principios ideológicos y políticos una vía de desarrollo creadora de ideas, una consolidación y comprensión del inmenso papel que la Universidad, sus profesores y estudiantes debían desempeñar en la formación superior, con una conciencia nueva y un papel activo y revolucionario. En la completa disposición para acoger a miles de obreros y trabajadores que empezaban a enriquecer nuestras aulas y laboratorios; en las avanzadas convicciones del valor de la integración docencia-trabajo y el papel fundamental de este último en la formación del hombre; en los conceptos de la universalización de la Universidad, y de la docencia en la sociedad, como fuerza creadora y formadora de la investigación y su concepción integradora, multidisciplinaria, vinculada a la vida del país, constituyendo una forma superior de participación de la Universidad en la vida nacional.

El proceso de construcción del Partido en la Universidad fue un proceso de intenso análisis de la situación, y del papel inmediato y futuro de la institución en las enormes y aceleradas transformaciones que avanzaban en nuestro país. Se extendió de manera creadora a todos los profesores, docentes y trabajadores de la institución. Resultó, en realidad, un proceso ejemplar de masas que posibilitó, en un ambiente fraternal, abierto, constructivo y profundamente revolucionario, que cada miembro de la Universidad pudiera expresar sus ideas, sus preocupaciones, su criterio sobre el papel futuro de la institución y el país. Por encima de todo, emergieron las convicciones, el sentimiento extremadamente revolucionario y el compromiso de todos con la patria, la Revolución y las ideas de Fidel.

Puedo afirmar, pues lo viví de manera intensa y profunda, que ese proceso político y partidista se consolidó, fue el crisol y motor para la gran batalla de convicciones que la Universidad tenía por delante, y con la cual había contado y tenía la seguridad de su cumplimiento el Comandante en Jefe.

No puedo dejar de reconocer el extraordinario papel que en este proceso y en la larga, compleja y creadora batalla de ideas y de pensamiento, que tanto promovió y defendió la Revolución en la Universidad, que tuvo siempre a nuestro lado, de manera orientadora, excepcional y solidaria, el compañero Armando Hart, quien hoy nos acompaña aquí.

Tampoco puedo dejar de mencionar a un entrañable y digno compañero, que hoy no nos acompaña, que con sencillez, fraternidad y sabiduría ejemplares, unidas a su firmeza política e ideológica, posibilitó el éxito del proceso que, como base ideológica, política y moral, serviría a la tarea creadora por venir. Me refiero al inolvidable compañero Armando Méndez Vila, a quien todos los aquí presentes recordamos siempre.

Hoy, a casi cincuenta años de aquellos trascendentales acontecimientos revolucionarios, llenos de historia, de tanta lucha, de inmenso sacrificio y también de ejemplar victoria de nuestro pueblo, que conmovieron a nuestro país y sirvieron de referencia obligada en la historia de este continente y del mundo, recordamos lo que ello significó para esta más que bicentennial institución, y para la formación, la conciencia y el espíritu revolucionario de nuestra juventud.

Lo que hemos justamente expresado en estas líneas recoge hechos y acontecimientos que no podremos olvidar jamás; son parte, como otros incontables hechos, del patrimonio cultural, histórico, político, ideológico y moral de nuestra nación.

En este sencillo acto meditamos con emoción, y nos acordamos a través de aquellos acontecimientos que nos tocó vivir, el pequeño aporte a la obra inmensa e imperecedera de la Revolución que entonces se hizo.

El que les habla, a quien con gran generosidad decidió el consejo universitario otorgar este elevado título, tiene, más que méritos, el privilegio de haber vivido estos años y estos hechos junto al inmenso grupo de profesores y estudiantes que hicieron suyas las ideas de Fidel, sus excepcionales concepciones en este campo fundamental de la educación y la formación universitaria, y el verdadero papel que correspondía a la transformada Universidad.

Hoy nos acompañan aquí, cuarenta y cinco años después, jóvenes aún, que por aquellos días como estudiantes lucharon

con decisión por el mejoramiento humano, la exaltación de las virtudes más nobles y elevadas, y la validez de las ideas revolucionarias.

Este proceso contribuyó, decidida y eternamente en todos nosotros, a la formación de una conciencia superior basada en los principios, valores y el compromiso con nuestro pueblo y la Revolución. Hoy, muchos de aquellos inolvidables maestros y profesores de todas las disciplinas y especialidades de esta bicentennial Universidad, no nos acompañan, pero los tenemos y tendremos presentes siempre; y para quienes aquí nos encontramos, meditamos y sentimos profundamente esta pequeña parte de la historia de la patria y de nuestro pueblo, tengo la seguridad de que, como yo, todos tenemos en nuestras mentes y en lo más hondo de nuestros corazones a quien todo lo merece y representa, quien nos ayudó con su aliento, su ejemplo y su infinita confianza a escalar peldaños en nuestra condición humana y en nuestros compromisos y deberes sagrados con el pueblo.

Por eso, con la segura aprobación de todos ustedes, considero moralmente que es al Comandante en Jefe a quien debemos dedicar este título, llenos de dignidad y reconocimiento los miles que tuvimos el privilegio de contribuir y participar junto con él en estos acontecimientos.

¡Vida eterna a Fidel!

¡Vida eterna a la Revolución!

¡Vida eterna a nuestro pueblo!

TOMADO DE:

JOSÉ M. MIYAR BARRUECO:

Discurso de agradecimiento en el acto de entrega del Doctorado Honoris Causa de la Universidad de La Habana,
Ediciones Imagen Contemporánea. La Habana, 2008.

